

¡SIENTE!

De pronto ya no pude ver, todo se torno en un oscuro profundo, intenso, mis ojos abiertos no lograban ver nada más que oscuridad, al cerrarlos se inundaban por las lágrimas. ¡Dolían!, ¡dolían como si los hubieran golpeado! ¡Todo mi cuerpo dolía!, se sentía endurecido, mi pecho palpitaba aceleradamente, mi estómago estaba nauseabundo, mis piernas temblaban, mis manos estaban rígidas, mi cabeza punzaba. Me sentía en un torbellino donde una y otra vez me golpeaban, ¡mi corazón dolía!, podía sentir como si algo lo apretujara y al hacerlo me asfixiaba, llevaba mis manos al pecho, con mis ojos inundados, doblada al filo de la cama, deseando ya no sentir. ¡Ya no quiero sentir esto!, gritaba, ¡gritaba de dolor!, respirar dolía. ¡Ya no quiero sentir esto!, gritaba, ¡gritaba desesperada, ansiosa, confundida, desecha! ¡Ya no quiero sentir esto!, deseaba. Comer y dormir no podía, sentía que mi cabeza estallaba, ¡sólo deseaba dejar de sentir! ¡Morir era lo que deseaba!, ¡dejar de respirar, para dejar de sentir! Brindarle la victoria a mi enemigo, ese que durmió a mi lado durante veinte años, ese que me miró ocasión tras ocasión jurándome por Dios y por nuestros hijos que no me engañaba, que no me mentía, ese que me miró a los ojos para culparme por su traición una vez más, ese que destruyó mis expectativas, mis ilusiones, mis sueños, mis metas, mis logros, ese que me arrebató el poder sobre mi persona, ese que manipulándome en el amor logró que dejara de amarme. Ahí doblada de dolor, sólo deseando no

sentir, ¡sentía multiplicado!, cada imagen, cada palabra, cada recuerdo, se agolpaban y se desbordaban, y yo, intentaba contenerlos, ¡hasta que me rendí! Cerré mis ojos y me arrastraron, deseaba desaparecer, de pronto, vi una chispa en la oscuridad, a pesar del llanto desbordado, del dolor que estrangulaba, existía un chispazo, pequeño, insignificante, ¡un poco de luz en la oscuridad!, un deseo de que eso terminara y mis circunstancias mejoraran, un deseo de tener paz y tranquilidad en mi vida, un deseo de ser luz y no oscuridad, ¡deseaba amar y no odiar! Deseaba desempolvarme de tanto menosprecio, ¡sí, deseaba respirar y que no doliera!, ¡deseaba vivir!, y fue ese pequeño e insignificante deseo dentro de mí el que me hizo sentir.

¡Sentí el dolor de la traición!, ¡sentí el taladrar de la mentira!, ¡sentí a la ira recorrer mis venas!, haciéndome enardecer, manteniéndome en pie durante días, ¡sentí a la tristeza abrazarme fuertemente!, acompañándome durante mucho tiempo, ¡sentí la decepción de las promesas rotas!, ¡sentí el asco del recuerdo de sus besos, de su imagen corporal con otra mujer, de su éxtasis sentido!, ¡sentí el vacío de su ausencia, de sus palabras, de su mirada!, ¡sentí a la rabia abofetearme una y otra vez, queriendo desbordarme hacia el odio!, y sí, llegué a él, ¡llegué a odiarlo, deseando que muriera!, no sin antes sentir el sufrimiento lacerando su piel, sus entrañas, ¡deseaba verlo doblado de dolor, así como yo me encontraba! ¡Deseaba ver a la tristeza reflejada en su rostro y a la carencia presente en su vida!, y después pisar la

tierra de su tumba. ¡Lo odié!, hasta que mi saliva amargó, ¡lo odié!, hasta olvidar mis creencias. Y esa chispa que de pronto lograba ver muy dentro de mí, me hacía sentir que podía haber una oportunidad, ¡una oportunidad de salir de ahí!, ¡de dejar de sentir tanto dolor!

¡Escuché!, ¡escuché una voz dentro de esa chispa!, ¡siente!

¡Siente el dolor!

¡Siente la frustración!

¡Siente el odio!

¡Siente la amargura!

¡Siente el resentimiento!

¡Siente la tristeza!

¡Siente la decepción!

¡Siente el vacío de la depresión!

¡Siente la soledad de la compañía!

¡Siente el miedo de lo que vendrá!

Y cuando hayas vomitado todo lo que te asqueaba, ¡siente a tu ser!, ese que dejaste que alguien pisoteara, ¡siente a tu esencia!, esa que no te deja a pesar de los malos tratos, ¡siente tus sueños!, esos que son impulsores en tu vida, ¡siente la presencia!, de aquellos que te atrapan en la caída, ¡siente al amor!, expresado en palabras y acciones de quienes en verdad te aman, ¡siente la voz!, de quienes te

alientan a salir de ahí, ¡siente tu cuerpo!, ese que has enfermado con tanta tristeza y rencor, ¡siente la presencia invisible más poderosa que emana de ti en uno con el creador!, ¡siente tu vida!, esa que dejaste de vivir, ¡siente la libertad de volver a empezar!

¡Y sentí!, sentí paz en medio de mi tormenta, sentí el despojo de mi persona, sentí el abandono de mis creencias, sentí el palpitar suave y cálido de mi corazón, sentí la ternura del abrazo, sentí la validación de mis palabras, ¡sentí el deseo de dejar de sufrir!

¡Y me abracé fuertemente!, recordando mi punto de partida, ¡me abracé!, consolándome por el pasado, ¡me abracé!, ayudándome a levantarme, ¡me abracé!, para aprender a caminar sola, ¡me abracé!, para hacerme compañía, ¡me abracé!, para volver a sentirme, para recordar mi aroma, mis planes inconclusos, mis ideas ignoradas, ¡me abracé!, para dar el primer paso hacía mi sanación.

¡Sentí la caída al abismo!

¡Sentí el choque con el final!

¡Sentí el peso de la oscuridad!

Y fue así, como reconocí la fortaleza física, espiritual y emocional que emana de mí, y hoy sé, que el sentir te libera y te sana, y que, si sientes, es porque ¡mereces vivir y ser feliz!

CON AMOR PARA MI.

VERONICA VAZQUEZ RODRIGUEZ.